

— Hombre ó demonio, puedes echar á andar ; ya te sigo.

El caballero negro se precipitó, como si su caballo tuviese alas, por el camino que conducía á la selva : Ralff, el veloz Ralff le seguía con trabajo, aunque iba desbocado, y desaparecieron á breves instantes los dos caballeros como dos sombras bajo los arcos que por espacio de muchos siglos forman los árboles de la selva de Beaumont.

La tempestad duró toda la noche.

## XXIV.

## La toma de Rouen.

Los embajadores franceses llegaron por fin al Puente-de-Arche : el rey de Inglaterra había escogido por su parte para representarle al conde de Warwick, al arzobispo de Cantorbery y á otras personas de gran crédito, que eran miembros de su consejo. Empero desde la primera entrevista quedaron persuadidos los enviados franceses de que el rey Enrique estaba de inteligencia con Guy-el-Copero, comandante de la plaza de Rouen, que como tenía la certeza de tomar la ciudad, no quería más que ganar tiempo. Entabláronse primeramente acaloradas discusiones para resolver si las actas debían redactarse en francés ó en inglés. Era una cuestión de palabras que rebozaba una cuestión

de cosas : los embajadores franceses lo conocieron y cedieron.

Apenas se allanó aquella dificultad se les opuso otra : el rey de Inglaterra escribió que acababa de saber que su hermano Carlos VI había sido atacado de un nuevo acceso de locura ; que por consiguiente no podía firmar tratado alguno con él en tal circunstancia ; que el delfín su hijo aun no era rey y no podía sustituirle ; que en cuanto al duque de Borgoña, no tenía autoridad para intervenir en los asuntos de Francia y disponer de la herencia del delfín. No podía ser más claro que el rey de Inglaterra, lleno de ambiciosas esperanzas, no tenía por ventajoso á sus intereses entrar en tratados ni ajustes sobre una porción de la Francia, cuando podía conquistársela entera, merced á los grandes trastornos que por entonces hablan enemistado al delfín y al duque de Borgoña.

Cuando el cardenal de los Ursinos, que había enviado el papa Martín V para que hiciese lo posible por restablecer la paz entre los príncipes de la cristiandad, y que como encargado de una misión pontifical y conciliadora había acompañado á los embajadores al Puente-de-Arche, vió todos aquellos retardos, se encaminó á Rouen para conferenciar de viva voz con el mismo rey de Inglaterra

Éste recibió al enviado del Santo Padre con todos los miramientos que exigía su misión ; pero no quiso escuchar nada sobre el asunto.

— La bendición de Dios, le dijo al cardenal, es la que me ha inspirado venir á este reino para castigar á los súbditos que en él nacieron, y gobernarlos como su verdadero rey : aquí se encuentran reunidas todas las causas por las que un reino debe ser transferido de una persona á otra y cambiar de manos. La voluntad de Dios es la que ha dispuesto esta translación y que yo entre en posesión de la Francia ; de ahí viene mi derecho.

Hablóle entonces el cardenal de una alianza con la casa real de Francia, y le presentó el retrato de Catalina, hija del rey, que no tenía aun diez y seis años, y pasaba por una de las mujeres más hermosas de la época. El rey de Inglaterra tomó el retrato, le miró por largo rato con admiración y prometió dar una respuesta al cardenal al día siguiente ; cumplió su palabra.

Enrique aceptaba la alianza propuesta, pero exigía que trajese por dote la princesa Catalina cien mil ducados de oro, el ducado de Normandía, del cual ya había conquistado una gran parte, el ducado de Aquitania, el condado de Ponthieu y otros muchos señoríos y dominios, todo ello sin

juramento de vasallaje ni dependencia al rey de Francia.

Viendo el cardenal y los embajadores que no quedaba ninguna esperanza de conseguir cosa mejor, llevaron aquellas proposiciones al rey, á la reina y al duque de Borgoña: eran inadmisibles; fueron desechadas, y el duque y su ejército avanzaron hasta Beauvais.

Cuando los de Rouen supieron que se habían entablado negociaciones, volvieron á sentir renacer la esperanza en su corazón, más ésta desapareció cuando llegó á su noticia que habían cesado; resolvieron, una vez que estaban privados de socorros de guerra, ir hasta Beauvais á buscarlos.

Reuniéronse con este motivo hasta diez mil hombres bien armados, y nombraron por jefe á Alain Blanchard. Era éste un valiente que traía su origen más del bajo pueblo que de la clase media, y que desde el principio del sitio había sido escogido por la gente baja para capitán. Cada hombre hizo provisión de víveres para dos días, y á la caída de la noche se aprestaron para poner en ejecución su proyecto.

Había quedado convenido que saldrían todos por la puerta del castillo; empero Alain Blanchard juzgó oportuno cambiar aquella disposición, re-

flexionando que era mejor atacar por dos lados á la vez; por consiguiente, salió con dos mil hombres por una puertecita próxima á la del castillo, con el objeto de dar principio al ataque. Los ocho mil hombres restantes debían sostener el encuentro y salir á la misma hora por otro lado, combinando su movimiento con el de aquél.

Alain Blanchard y sus dos mil hombres salieron sin ruido á la hora convenida, fueron avanzando á favor de la obscuridad, y al primer grito del centinela enemigo se arrojaron como desesperados al través de las tiendas del rey de Inglaterra é hicieron una terrible carnicería en sus tropas, porque estaban desarmados y dormidos la mayor parte de los soldados; empero cundió en breve el grito de alarma por el campo, sonaron las trompetas, y caballeros y peones acudieron armados al pabellón del rey. Halláronle medio armado: no gastó ni aun el tiempo preciso para ponerse el casco; y con el objeto de que sus soldados no le creyesen muerto y se desalentasen, hizo que á cada lado de su caballo fuesen dos hombres con teas encendidas, para que amigos y enemigos le reconociesen bien. En tanto iba creciendo el número de los que se habían formado alrededor del rey y vieron la reducida tropa que había venido á atacarlos; lanzáronse á ella

como fieras, los acometidos acometieron á su vez, y desplegándose en semicírculo, empezaron á atacar por el flanco á aquella escasa fuerza con sus poderosas alas. Alain Blanchard y su gente se defendían como leones sin poderse dar razón del abandono en que los dejaban sus compañeros. Oyéronse por fin muchos gritos por la parte que correspondía á la puerta del castillo: los Franceses creyeron que aquellos gritos eran de los que venían á socorrerlos y cargaron con nuevo ardor; eran gritos lastimeros.

El traidor Guy, no pudiendo participar al rey de Inglaterra la resolución súbitamente tomada, determinó estorbarla por lo menos; hizo serrar las tres cuartas partes de los maderos sobre que se apoyaba el puente y limar las cadenas que le sostenían. Pasaron sin ningún incidente hasta doscientos hombres; pero en seguida el paso de los cañones y de la caballería hundió el puente y fueron rodando al foso, mezclados unos con otros, hombres, caballos y artillería; así los que cayeron como los que los veían caer, dieron un grito agudo, los unos de desesperación, los otros de terror. Aquel grito fué el que habían oído Alain Blanchard y su gente.

Los doscientos hombres que estaban ya al otro lado del foso, no pudiendo entrar en la ciudad, corrieron al socorro de sus compañeros. Creyeron

los Ingleses que venía sobre ellos la guarnición entera, y les abrieron paso. Entonces fué cuando Alain Blanchard supo la traición que los había vendido, pero al propio tiempo se penetró con una rápida ojeada del provecho que podría sacar del error de los Ingleses. Dispuso la retirada, la cual emprendió en el mejor orden, sostenida por los doscientos hombres que acababan de llegar. Retrocedieron peleando siempre hasta la puerta por donde habían salido. Los amigos que se habían refugiado en la ciudad de resultas del hundimiento del puente, favorecieron su retirada desde la muralla, descargando sobre los enemigos una lluvia de piedras y ballestas. Bajóse por fin el puente levadizo, abrióse la puerta, y aquel reducido ejército entró de nuevo en la ciudad, no sin haber sufrido la pérdida de quinientos hombres. Tan de cerca le iban los Ingleses al alcance á Alain Blanchard, que éste les gritaba á los de la muralla que levantasen el puente, por miedo de que entrasen en la ciudad, á pesar de hallarse él todavía al otro lado del foso.

Esta malograda tentativa empeoró la situación de los sitiados. Aunque el duque de Borgoña había llegado con grande aparato hasta Beauvais, no por eso recibían socorro alguno; por lo tanto, determi-

naron enviarle de nuevo cuatro diputados; eran portadores de una carta concebida en los términos siguientes:

« Á vos, señor y rey nuestro, y á vos, noble duque de Borgoña, los honrados vecinos de Rouen os han significado y hecho saber repetidas veces la gran necesidad y angustia en que se encuentran por vosotros, á cuyo remedio no habéis sin embargo ocurrido como prometisteis. Esto no obstante, somos enviados á vosotros por última vez para anunciaros por los ya dichos asediados, que si no son socorridos con la mayor presteza y en muy breves días, se rendirán al rey inglés; y os envían desde ahora, por si no lo hiciéreis, la fe, juramento, lealtad y obediencia que hasta aquí os guardaron. »

Contestóles el duque de Borgoña, que el rey no había logrado reunir aun en torno suyo el suficiente número de fuerzas para obligar á los Ingleses á levantar el sitio, pero que muy pronto serían socorridos con la ayuda de Dios. Los enviados pidieron que se les fijase un término, y el duque empeñó su palabra para el cuarto día después de la Navidad.

Regresaron los diputados, al través de mil peligros, á llevar aquellas palabras á la pobre ciudad, estrechada por los Ingleses, abandonada por el duque y olvidada por el rey, que por entonces había

sido acometido en efecto por uno de sus frenéticos arrebatos.

Llegó el cuarto día después de Navidad y no pareció ningún socorro para Rouen. Dos simples hidalgos resolvieron acometer entonces la empresa que no se había atrevido á intentar Juan Sin-Miedo: fueron messire Santiago de Harcourt y el señor de Moreuil. Reunieron dos mil combatientes, é intentaron sorprender á los Ingleses; pero aunque tenían gran valor, contaban con escasa fuerza: derrotóles el señor de Cornouailles, y en la derrota quedaron prisioneros el señor de Moreuil y el bastardo de Croy. El mismo Santiago de Harcourt debió su salvación á la extrema ligereza de su caballo, que de un salto salvó un foso de diez pies de anchura.

Los sitiados conocieron entonces que se les consideraba como cosa perdida; estaban en tan miserable estado, que su mismo enemigo tuvo lástima de ellos. En celebridad de la Natividad de Jesucristo mandó el rey de Inglaterra llevar algunas provisiones á los infelices que perecían de hambre en los fosos de la ciudad. Viéndose los sitiados abandonados por el rey, que estaba demente, y por el duque de Borgoña, que era un perjuro, resolvieron capitular. También se acordaron del delfín,

pero éste se hallaba en mortal contienda en la provincia de Maine, y tenía hartó á que atender; pues con la mano izquierda tenía que descargar sobre los Ingleses, y con la diestra sobre los Borgoñones.

Presentóse un heraldo al rey de Inglaterra, de parte de los sitiados, pidiendo un salvo-conduto, que les fué concedido. Dos horas después atravesaron y se encaminaron paso á paso hacia la tienda de Enrique seis embajadores vestidos de negro y con la cabeza descubierta, en guisa de suplicantes: eran dos hombres de iglesia, dos caballeros y dos plebeyos. El rey los recibió en su trono, rodeado de toda la nobleza armada de punta en blanco; y después de una gran pausa, durante la cual reinó un profundo silencio, para probarles que estaban á merced suya, les hizo señal para que hablaran.

— Señor, dijo uno de ellos con voz llena de entereza, no es digno de vuestra gloria ni de vuestro acreditado valor vencer por hambre á un pobre pueblo inocente y fiel. ¿ No sería más heroico y magnánimo por vuestra parte, dejar pasar á esos infelices que están pereciendo en nuestros fosos y murallas para que pudiesen ir á ganar su subsistencia á otra parte, y someternos por el valor y la fuerza con un asalto vigoroso? De ese modo adqui-

riríais mayor gloria á los ojos de los hombres, y alcanzaríais la misericordia divina por haber tenido compasión de esas desventuradas gentes.

El rey había empezado á escuchar aquel discurso jugando con los blondos rizos de su favorito, que estaba sentado á sus pies; pero muy luego dejó caer la mano y se quedó atónito de sorpresa, porque no se aguardaba á escuchar quejas de aquellos hombres, sino súplicas. Frunciéronse involuntariamente sus cejas, y una sonrisa amarga entreabrió sus labios; después de haberlos mirado por largo rato, como para darles tiempo de retractar sus palabras, les contestó con un acento altanero y burlón, viendo que callaban:

— La deidad que preside á la guerra tiene á sus órdenes tres serviciales vasallos: el acero, el fuego y el hambre. En mi mano estaba emplearlos todos tres juntos, ó cada uno por separado; empero he llamado en mi ayuda al menos terrible de esos súbditos para castigar á vuestra ciudad y hacerla entrar en la senda de la razón. Por lo demás, sea cual fuere el que un capitán emplee, con tal que lleve adelante su empresa, siempre el éxito será honroso, y solo á él toca decidir cuál puede serle más ó menos ventajoso.

Por lo que hace á los desgraciados que mueren

en los fosos, no me deben á mí esa muerte, sino á vosotros, que habéis tenido la crueldad de echarlos, á pique de que yo los hubiese mandado matar. Si han recibido algún socorro lo deben á mi caridad, y no á la vuestra; y pues es tan atrevida vuestra demanda, no debe ser por cierto grande vuestra necesidad; por tanto, los volveré á dejar á vuestro cargo para que os ayuden á acabar presto las provisiones. En cuanto al asalto, ordenaré que se dé cómo y cuándo quisiere; á mí, y no á vosotros, compete esa determinación.

— Y decid, señor, repusieron los diputados, ¿qué condiciones pensáis imponernos en el caso de que viniésemos comisionados por nuestros conciudadanos para capitular?

Una sonrisa de triunfo apareció en los labios del rey.

— Las condiciones, respondió, serán las que generalmente se conceden á hombres cogidos con las armas en la mano y á toda ciudad tomada por el enemigo; habitantes y edificios á merced del vencedor.

— Entonces, contestaron con el acento de la resignación, pediremos al cielo que tenga misericordia de nosotros, pues tan poca hemos alcanzado de vos; porque hombres y mujeres, viejos y niños,

pereceremos todos antes que rendirnos bajo tales condiciones.

Dicho esto, inclináronse respetuosamente y despidiéronse del rey, llevando aquellas palabras á los tristes habitantes de la ciudad, que los esperaban con impaciencia.

No se oyó más que una sola voz en aquella heroica población, vivir ó morir peleando, antes que entregarse á discreción en manos de los Ingleses. Resolvióse, en consecuencia, que en la noche del día siguiente se echaría abajo una cortina del muro, pegarían fuego á la ciudad, meterían en medio de la gente las mujeres y niños, y con el acero en la mano tratarían de abrirse paso por medio del ejército enemigo, hasta que fuesen á parar adonde Dios dispusiese.

Enrique de Inglaterra supo aquella noche misma tan heroica resolución: Guy-el-Coperó se la participó. Quería la ciudad y no sus cenizas; por lo tanto, envió un heraldo á los sitiados con las siguientes condiciones, que fueron leídas á son de pregón en las plazas públicas.

Por la primera, se exigía que todos los habitantes y vecinos de la ciudad de Rouen pagasen la cantidad de trescientos cincuenta y cinco mil escudos de oro, acuñados en Francia.

Fué admitida.

En la segunda, pedía el rey que se le entregasen á discreción tres hombres, á saber: messire Roberto, vicario general del arzobispado de Rouen, Juan Jourdain, comandante de artillería, y Alain Blanchard, caudillo de la gente baja.

Un grito de indignación, que fué seguido de vociferaciones negativas, salió de la boca de todos: Alain Blanchard, Juan Jourdain y Roberto de Linet se presentaron al frente.

— Este es asunto nuestro, y de ninguna manera os atañe, exclamaron. Si á nosotros nos place entregarnos al rey de Inglaterra, nadie tiene que intervenir en ello: dejadnos pasar.

El pueblo abrió paso y los tres mártires emprendieron el camino del campamento inglés.

En la tercera, reclamaba el rey Enrique obediencia, sumisión y juramento de fidelidad á él y sus sucesores de todos los ciudadanos indistintamente, prometiendo defenderlos por su parte contra cualquier fuerza ó violencia, y conservarles todos los privilegios, franquicias y libertades que poseían en tiempo del rey Luis. Los que quisieren salir de la ciudad para eximirse del cumplimiento de esta tercera condición, no podrían hacerlo más que con el traje que llevasen encima, debiendo ser con-

fiscado el resto de sus bienes en beneficio del rey: la gente de guerra se dirigiría al punto que el vencedor tuviese á bien enviarla, y tendría que hacer el viaje á pie, con un báculo por único apoyo, como los peregrinos y mendigos. Esta última condición era cruel en extremo, pero no obstante, fué forzoso aceptarla.

Al punto que se juró la observancia del tratado, autorizó el rey á los sitiados transidos de hambre para venir á buscar víveres á su campo: tan abundante estaba todo en él, que un carnero entero no costaba más que seis sueldos *parisis*.

Pasaron las cosas que acabamos de narrar el día 16 de Enero de 1419 (1).

El 18 por la tarde, víspera del día señalado por el rey para verificar su entrada en la ciudad rendida, el duque de Bretaña, que ignoraba la toma de Rouen, llegó al campo de Enrique para proponerle una entrevista con el de Borgoña, en la cual tratarían del levantamiento del sitio.

El rey Enrique le dejó en su error, le contestó que al día siguiente le daría la respuesta, y no se separó de él en toda la noche.

Á las echo de la mañana siguiente, 19 de Enero,

(1) Estilo moderno: 1418 según el antiguo estilo. El año empezaba el 26 de Abril.



entró el rey en la tienda del duque y le propuso dar un paseo hacia el monte de Santa Catalina. Una espesa niebla que se elevaba del Sena envolvía la ciudad; pero á los primeros rayos del sol levantóse un viento del Norte que deshizo la niebla en grandes copos, los cuales desaparecieron rápidamente á la manera que las olas de una marea que empieza á bajar, y presentaron á la vista el magnífico panorama que se descubre desde el sitio en que todavía se encuentran los restos de un campo romano que llaman *Campo de César*.

Los ojos del duque de Bretaña extendieron sus miradas con admiración por aquel vasto y bellissimo cuadro: á la derecha, la vista halla por límite una cadena de colinas cubiertas de viñas y pobladas de aldeas; enfrente corre el Sena y atraviesa el valle de tal modo, que parece una inmensa pieza de tela de seda desdoblada y ondulante; después empieza á ensancharse progresivamente y va á perderse en un horizonte tan extenso, que es fácil adivinar detrás de él al Océano; á la izquierda se extienden á modo de alfombras las ricas y fértiles llanuras de la Normandía, metiéndose en el mar, ni más ni menos que una isla, en la cual vela siempre con los ojos fijos en la Inglaterra, Cherburgo, la centinela de Francia.

Empero cuando puede decirse que fijó verdaderamente la vista, fué cuando dirigió sus miradas al centro del cuadro, y descubrió un espectáculo tan extraño como inesperado.

La ciudad triste y vencida estaba bajo sus pies; en sus murallas no ondeaba bandera alguna; todas sus puertas estaban abiertas: la guarnición desarmada aguardaba en las calles lo que tuviese á bien hacer con ella el vencedor: el ejército inglés estaba, por el contrario, sobre las armas con banderas desplegadas: los caballos piafaban inquietos al toque de los clarines; parecía una cintura de hierro que estrechaba á la ciudad al través de sus murallas.

El duque de Bretaña adivinó la verdad: dejó caer lleno de vergüenza la cabeza sobre el pecho. Gran parte de la mengua de la Francia recaía sobre él, que era el segundo vasallo de la soberanía, el segundo florón de la corona.

El rey Enrique no manifestó haber conocido lo que pasaba en el corazón del duque; llamó á un escudero y le dió algunas órdenes en voz baja: el escudero salió á galope.

Un cuarto de hora después vió el duque de Bretaña romper la marcha á la guarnición. Según lo tratado, iban todos los que la componían con la

cabeza descubierta, descalzos y con el báculo en la mano. Salió por la puerta del Puente y fué escoltada por la orilla del Sena hasta el puente de San Jorge, donde el rey de Inglaterra había puesto varios guardas que registraban, así á los caballeros como á los hombres de armas, les quitaban el oro, plata y alhajas que llevaban, y les daban en cambio dos sueldos *parisis*. Llegó hasta el caso de arrancarles á algunos de ellos sus túnicas ó batas forradas de martas ó recamadas de orfebrerías, y obligarles á que se pusiesen en vez de aquellas, túnicas de paño burdo ó de mal terciopelo. Viendo aquello, los que venían detrás arrojaban las alhajas, bolsillos y joyeles al Sena, para que así no pasasen á manos de sus enemigos.

Luego que estuvo toda la guarnición al otro lado del puente de San Jorge, se volvió el rey al duque de Bretaña, y le dijo sonriéndose :

— Señor duque, ¿ queréis entrar conmigo en mi ciudad de Rouen ? Seréis bien recibido.

— Os doy las gracias, señor, contestó el duque de Bretaña ; no quiero serviros de acompañamiento. Sois vencedor, es cierto ; pero no soy todavía vencido.

Apenas hubo acabado estas palabras, se apeó del caballo que le había prestado el rey Enrique, á

pesar de las instancias que éste le hizo para que le guardase á título de don, manifestando que esperarí­a allí su comitiva, y ningún respeto humano le haría poner el pie en una ciudad que no pertenecía ya al rey de Francia.

— Lástima grande es, por cierto, dijo Enrique resentido de aquella tenacidad, porque mañana hubié­seis presenciado un curioso espectáculo : las cabezas de los tres villanos que han sostenido el sitio caerán mañana mismo en la plaza más pública de la ciudad.

Dicho esto, picó espuela sin despedirse del duque, que se quedó solo en aquel sitio aguardando á sus gentes y caballos. Vió al rey dirigirse hacia la plaza seguido de un paje, que en vez de estandarte llevaba en la punta de la lanza una cola de raposa. Delante de él se divisaba el clero vestido de sus hábitos sacerdotales y cargado de reliquias : condujéronle cantando á la soberbia catedral de Nuestra Señora, en donde dió gracias á Dios de rodillas, tomando de este modo posesión de la ciudad de Rouen, que el rey Felipe Augusto, abuelo de San Luis, había arrebatado á Juan Sin-Tierra doscientos quince años antes, cuando fueron secuestrados sus bienes con motivo de la muerte de su sobrino Arturo.

Entretanto, la comitiva del duque de Bretaña se reunió con su señor.

Montó al punto éste á caballo, lanzó una postrer mirada hacia la ciudad, exhaló un hondo suspiro pensando en la suerte futura de la Francia y echó á galope sin volver más la vista.

Al día siguiente, según el rey de la Inglaterra había dicho, cayó en la plaza pública de Rouen la cabeza de Alain Blanchart. Roberto Linet y Juan Jourdain rescataron las suyas á fuerza de dinero.

El traidor Guy fué nombrado lugar-teniente del duque de Gloucester, que tomó el mando de la ciudad sometida. Prestó juramento de fidelidad al rey Enrique, el cual le regaló á los dos meses de aquel suceso, sin duda para recompensarle, el castillo y haciendas de la viuda de messire de la Roche-Guyón, muerto en la batalla de Azincourt.

Y según la Inglaterra, fué aquel hecho justicia, porque la noble y hermosa viuda de la Roche-Guyón se había negado á prestar juramento al rey Enrique. Tenía dos hijos, de los cuales el mayor no contaba siete años; su castillo era digno de un huésped real y capaz de dar envidia á una duquesa; vivía en sus tierras y entre sus vasallos con el lujo de una reina, y lo dejó todo, castillos, tierras, vasallos: cogió en cada mano uno de sus inocentes

y tiernos hijos. y se fué por el mundo pidiendo pan para ella y para ellos, por no consentir en ser mujer de Guy-el-Coperó ni ponerse en manos de los antiguos y mortales enemigos del reino.

Si nos hemos detenido tanto en los pormenores del sitio de Rouen, ha sido porque la toma de aquella ciudad fué un fatal acontecimiento, que encontró un eco pronto y terrible en todo el reino. Desde aquel día pusieron realmente los Ingleses ambos pies sobre el suelo de Francia, cuyos dos extremos poseían, la Guiena bajo fe y homenaje, y la Normandía por derecho de conquista. Los dos cuerpos de ejército enemigo no tenían más que encaminarse uno hacia otro para juntarse y atravesar la Francia, como una espada atraviesa el corazón.

Todo el baldón de la toma de Rouen recayó sobre el duque de Borgoña, que vió venir al suelo aquella capital, á la cual pudo haber salvado con solo extender el brazo, y no lo hizo. Sus amigos no sabían qué título dar á aquella inacción extraña; sus enemigos la calificaban de traición. Los que rodeaban al delfín sacaron de aquí nuevas armas contra el duque; porque si no las había entregado, había al menos dejado coger las llaves de la poterna por la cual los Ingleses podían entrar en París; y

fué tal el terror que se esparció, que veintisiete villas de Normandía abrieron sus puertas luego que supieron la toma de la capital.

Cuando los de París vieron aquellas cosas y que el enemigo estaba á treinta leguas solamente de la ciudad, se reunieron : el parlamento, la universidad y el vecindario enviaron una embajada al duque Juan ; suplicábanle que volviese con el rey, la reina y toda su gente á defender la capital del reino. La única respuesta del duque fué enviarles á su sobrino Felipe, conde de San-Pol, de edad de quince años, con el título de teniente del rey y el encargo de dirigir los negocios de la guerra de Normandía, Isla de Francia, Picardía y los bailíos de Senlis, Meaux, Meulan y Chartres. Cuando vieron entrar aquel niño en la capital y supieron los de la ciudad que venía á defenderlos, conocieron que eran abandonados como sus compatriotas de Rouen, y allí también se alzaron grandes murmullos contra el honor del duque de Borgoña.

---

## XXV.

## La contestación.

Una elegante barca, en cuya popa campeaba un pabellón recamado de flores de lis y coronado con el escudo de las armas de Francia, se deslizaba muellamente al impulso de doce remeros y una velilla en una de las deliciosas mañanas del mes de mayo del año siguiente. Las cortinas del pabellón hacia la parte del Mediodía estaban descorridas, sin duda para dejar paso hasta las personas que en él se albergaban, á los rayos matinales del temprano sol de mayo y á las primeras brisas, que tan embalsamadas y templadas nos envía la primavera. Iban en el pabellón dos mujeres sentadas, ó por mejor decir echadas, en una rica alfombra de terciopelo azul bordado de oro, apoyándose en unos cojines de la misma estofa : á sus espaldas se veía en pie otra tercera, que guardaba la mayor compostura y respeto.

Difícil empresa hubiera sido encontrar en todo el